



Sexo con amor es magia y, si no, gimnasia

ANA
HERNÁNDEZ
SARRIÁ

divinitybooks.

m̄r

ANA HERNÁNDEZ SARRIÁ

SEXO CON AMOR ES MAGIA Y,
SI NO, GIMNASIA

m̄

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2015, Mediaset España Comunicación, S.A.

© 2015, Ana Hernández Sarriá

© 2015, Editorial Planeta, S. A.

Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2015

ISBN: 978-84-270-4229-2

Depósito legal: B. 23.970-2015

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

I

SEPTEMBER ALWAYS BRINGS YOU A SPECIAL SOMEBODY

Supongo que todo empieza aquí, caminando deprisa y corriendo, que es como camino desde hace ya siete años, hacia la esperada Fashion Week de Nueva York. Es sábado 6 de septiembre de 2014, nueve de la mañana, estoy en el Lincoln Center y me dirijo a encontrarme con mi mejor amiga, mi querida Hanna. Vamos a ver el desfile de Lacoste Spring Summer 15. Hace muy buen tiempo y encima hoy me he despertado de buen humor. Sopla un poco de viento fresco que se desliza rápidamente por la única calle que cruza Manhattan entero, de norte a sur: mi adorada Broadway Avenue. Es una brisa muy agradable que te acaricia el pelo de manera suave y delicada e indica de manera sutil que el verano se despide. Me encanta el mes de septiembre. Creo que es el mes más romántico de todos, sin duda alguna. Es como el agosto perfecto, con su misma energía veraniega pero con un poso de melancolía que indica que todo lo bueno siempre llega a su fin. La gente es feliz en septiembre. Lo puedo ver en sus caras. Y además, cada septiembre esta maldita ciudad ha traído a mi vida a una persona a cual más especial. *September always brings you a special somebody.*

A finales del verano de 2009, hace exactamente cinco años, septiembre me trajo a Hanna Choa Yu. En estos momentos la estoy viendo esperándome nerviosa a la entrada del Lincoln Center, encima de las escaleras del emblemático edificio. Siempre quedamos ahí, siempre. Me hace señas con la mano para que camine más rápido. Lleva unos altísimos tacones

negros de Christian Louboutin. También ha elegido de su inmenso e indescriptible guardarropa mi vestido favorito: negro, muy ajustado por debajo de las rodillas, resaltando las increíbles curvas filipinas que hacen de Hanna una mujer rompedora, espectacular. Lo más excitante de todo su *outfit* es que hoy estrena su primer bolso Birkin de Hermès, en piel de avestruz, lo recogimos juntas hace solo una semana. En el bolso, impecablemente tallado a mano, encargó bordar en hilo dorado sus dos iniciales favoritas. H, obviamente, y F de Filipinas. Porque, aunque Hanna tiene esos preciosos rasgos asiáticos, es originaria de Filipinas. Y está muy cansada de que la gente le diga que es china. Siempre bromeo con ella sobre esto.

Observo también desde lejos que lleva atado del asa de su bolso negro un pañuelo azul turquesa de seda. A Hanna le encanta engalanar las asas de los bolsos con pañuelos que hacen juego con sus conjuntos. ¿No es maravilloso? Puedo notar lo enfadada que está por el modo en que mueve sus brazos y se ajusta las grandes gafas de sol. Le pone histérica que siempre llegue tarde. ¡Cómo quiero a Hanna Choa Yu! Saco las sofisticadas entradas doradas de mi desastroso bolso. Está medio roto, es de ante verde y tiene forma de radiocasete arcaico. Es mi bolso más antiguo y, aunque es feísimo y soy muy consciente de ello, le tengo muchísimo cariño. Es una de las pocas cosas que me quedan de la Marina Hernández que llegó a esta ciudad hace solo unos años. Esa chica apodada Moli que se dejaba llevar por sus pasiones, sin reflexionar demasiado sobre las consecuencias de sus actos. Me pregunto cuándo dejé de ser esa joven tan apasionada y divertida. Me lanzo a dar un abrazo a mi amiga. Hanna mira las entradas y veo que se emociona al ver que son VIP y que también tengo pases para la rueda de prensa de Carolina Herrera en el Hotel Bergdorf Waldorf más tarde. Puedo notar su latente sonrisa tras el rictus de forzada indignación.

—¡Moli Hernández, llegas tardísimo! *And by the way*, tus botas son espantosas. ¡No sé qué haces con eso puesto, es la semana de la moda! *Please stop it with your silly depressing thing.*

Lo cierto es que no he llegado tarde en absoluto. De hecho, con veinticinco minutos de antelación, y los desfiles siempre empiezan con retraso, siempre. Pero bueno, a ella le encanta llegar horas antes para ver a todos los famosos entrar a la pasarela. El despliegue de *celebrities* es siempre interesante y original a la par que chocarrero y ridículo. Es un conjunto de todo: los estilismos preparados durante horas que llevan Olivia Palermo o Paris Hilton, los guardaespaldas que las acompañan, los *paparazzi* que las siguen, la mezcla de exceso de perfumes caros, la gente que se siente importante sin serlo. Anna Wintour, la más aclamada crítica de moda, en cuyo carácter se ha inspirado la famosa película *El diablo viste de Prada*, caminando por el recinto con sus enormes gafas de sol junto con su hija Bee Shaffer. En fin, a mí antes también me encantaba ser parte de este escenario, en realidad, más un circo que otra cosa.

Recuerdo que hace no tanto tiempo, Hanna y yo nos sentábamos juntas en las escaleras del Lincoln con nuestros bolsos falsos de Prada comprados en Chinatown. Fingíamos ser famosas, gente importante. Preparábamos nuestra ropa con semanas de antelación y nos poníamos nerviosas al entrar a cada desfile. Recuerdo cómo me palpitaba el corazón cuando se apagaban las luces que indican que la pasarela va a comenzar. Recuerdo cómo me dolían los pies al final del día, debido a los enormes tacones que llevaba durante horas. Recuerdo la primera vez que me tocó sentarme justo enfrente de Hamish Bowles, el crítico de moda que más he admirado desde que era niña, aquel señor con gafas y rostro serio pero amigable que salía en las revistas que le robaba a la costurera de mi madre, la mujer de nuestro portero Óscar. Cómo echo de menos a la Sagrario. Recuerdo que se me helaron las manos cuando vi a Hamish por primera vez caminando por Nueva York.

Me quedé mirándole, observando su rocambolesco conjunto de aire francés, su modo de andar, como si estuviera concentrado en observar todo lo que se movía a su alrededor. Simulando no ser su persona, tan importante para mí. Hamish

Bowles, el editor de *Vogue América*. Y se me pusieron las manos frías como siempre que algo me pone muy nerviosa.

Hoy en vez de tacones llevo unas botas planas bastante macarras que he rescatado de las bolsas de «limpia de ropa» de mi hermana Ariadna. Como hace días que no me ha dado la gana de ir a hacerme el láser en las piernas, llevo un vestido largo de lino gris oscuro que tengo que sujetar con las manos para no pisotearlo. (En realidad me lo compré hace tiempo para combinarlo con tacones, pero lo de llevar tacones e ir arreglada es algo que... Bueno, que últimamente ya no me pasa). También llevo un gorro burdeos porque tengo la mala suerte de que, como todas las rubias, cuando tengo el pelo sucio se nota a la legua y es imposible disimularlo. En un intento de sentirme guapa dos minutos antes de salir de casa, me he pintado los labios de rojo oscuro. La verdad es que voy hecha un desastre y me da exactamente igual.

Entramos al desfile, está todo decorado con mariposas naranjas, rojas y burdeos suspendidas del techo con hilo de pescar. Los filamentos y la iluminación crean un efecto rebote que llena las paredes de la sala de lucecitas de color en movimiento, parecen luciérnagas volando sobre los espectadores. Es un escenario bastante mágico, sobre todo por la fabulosa música que siempre lo envuelve. Hoy no tengo a Hamish Bowles delante. Pero, en su ausencia, han sentado en primera fila nada más y nada menos que a Beyoncé. Hanna casi me destroza el brazo con sus uñas perfectas, teñidas de Rouge Noire 18 by Chanel, cuando la hemos visto aparecer. No puedo dejar de mirarla, desde que ha entrado al recinto del desfile le habrán disparado sin exagerar, ¿cuántos?, ¿mil quinientos flashes? ¡Qué horror! No ha dejado de sonreír en todo momento y se coloca el pelo cada segundo para asegurarse de salir perfecta en cualquiera de las mil poses que improvisa para los cientos de fotógrafos. También ha saludado efusiva a Olivia Palermo y a este actor tan guapo que sale en las películas de vampiros. ¿*Crepúsculo*? Ahora no me acuerdo bien de cómo se llama.

Me pregunto si serán amigos de verdad, me pregunto si realmente alguna vez habrán entablado una conversación

fuera de las cámaras entre ellos. Me pregunto si Beyoncé será realmente feliz. Me pregunto si tiene ganas de ir al servicio como yo en estos momentos. Tendrá que ser una tortura con tanta cámara. En realidad, me pregunto si esta mañana habrá tomado café o si le gustarán más los cereales que las tostadas, me pregunto cuándo fue la última vez que ha hecho el amor con Jay Z. ¿Será verdad que su hermana le pegó un par de bofetones en un ascensor al famoso *mogul* del Hip Hop por serle infiel? Yo también le hubiera pegado un par de bofetones al novio de mi hermana Ariadna si me hubiera enterado de lo de la prima Araceli. Ojalá hubiera sabido qué pasaba. Ojalá vuelvas a hablarme algún día, Ariadna. Te sigo echando muchísimo de menos...

Se vuelve a levantar la aclamada celebridad. Qué mujer, qué femenina, qué atractiva. Impecable. Me pregunto qué pensará mientras sonrío de esa manera tan absurda. Si estará pensando en darle una patada a la rubia esa estúpida que le ha puesto el micrófono mil veces en la cara y que ya ha retirado nuestra pobre Queen B educadamente más de tres. ¿Querrá gritar y salir corriendo de aquí? *However*, últimamente me pregunto muchas cosas. Demasiadas, de hecho. Creo que me estoy haciendo mayor.

Se apagan las luces y comienza el desfile. Lo que más me gusta de Felipe Oliveira Baptista, desde 2010 diseñador de la casa Lacoste, es que, en sus colecciones, tras todas las telas de calidad suprema, su rigurosa factura y seleccionado colorido, se esconde siempre un mundo lleno de fantasía y ensueño. Un concepto. Una historia que solo las personas que realmente entienden la moda perciben. Todas las piezas están inspiradas en el ave fénix. Es maravilloso cómo en estos tres minutos de desfile consigo olvidarme de todos mis miedos. La música, los modelos, las mariposas, el impecable escenario... Ya no me surgen esas absurdas preguntas. Es realmente maravilloso entender una colección. Por unos minutos, desde hace mucho tiempo, hoy me he sentido muy afortunada de estar aquí.

El problema es que se apaga la luz y vuelvo a la realidad. Bueno, no, es mucho peor que la realidad, se apaga la luz

y mientras salgo caminando con mis botas horrorosas y con Hanna alterada contándome que su amigo Kevin de Calvin Klein le ha dicho dónde va a ser el *after party* privado, alguien grita mi nombre en un tono burlesco desde dos filas más atrás. Me giro cautelosa porque, en realidad, aunque disintiese de la opinión de Hanna, sé que no voy apropiadamente vestida para tal evento y me da un poco de vergüenza encontrarme con alguien conocido. Especialmente desde que vivo en el Upper East Side, donde la mitad de mis vecinas llevan tacones hasta para ir a caminar al parque.

En cuanto me giro y alzo la vista, las rodillas me flaquean y empiezo inevitablemente a temblar. Incluso se me seca la garganta. Poco a poco empiezo a hacerme minúscula. ¡Dios mío, creo que me voy a desmayar! Hace tiempo aprendí que la gente olvidará siempre lo que has dicho, olvidará siempre lo que has hecho, pero nunca olvidará cómo les has hecho sentir. Frida Carmona está sentada enfrente de mí, mirándome fijamente, con una gabardina roja y unas perlas exageradas que me deslumbran; creo que ha sido la persona que me ha hecho sentir más miserable en Nueva York. La persona que peor me ha tratado y la que ha conseguido hacerme sentir diminuta e insignificante hasta dejarme sin habla cuando me gritaba. Me estremezco de pies a cabeza. Esta vez soy yo quien clavo mis uñas desconchadas en el brazo de Hanna y le pido en voz bajita que salgamos pitando de aquí.

En un segundo se me han olvidado Beyoncé, el ave fénix y la madre que parió al maldito pájaro ese. Solo quiero irme de aquí. Hanna me sigue corriendo a toda prisa y, en cuanto salimos del tumulto de gente, me pregunta quién era la vieja esa gorda y enfurruñada de la tercera fila. ¿Vieja gorda y enfurruñada? Lo cierto es que yo no la veo así. La veo como una mujer de negocios que ha conseguido todo lo que se ha propuesto en la vida. La veo como la mujer de uno de los directores más importantes de Jp Morgan Nyc. Una mujer fuerte, ambiciosa, ultraegoísta. Una mujer poderosa, con un lado oscuro, vicioso, depravado, que la ha llevado a la perdición. El caso es que la odio a la vez que la admiro. Qué sensación tan

extraña. Espero no volver a verla nunca más. ¿Me habrá visto salir corriendo? Yo creo que lo he disimulado muy bien. No, lo he hecho bastante mal. Pero qué más da ya todo esto. Hanna me vuelve a preguntar quién es «*The fatty and gross lady*». Así que disimulo, me río y me invento que es una antigua jefa de Alexander McQueen con quien acabé mal por temas económicos. ¿Cómo voy a explicarle a Hanna la verdad? Jamás lo entendería. A decir verdad, sí, miento, sí que lo entendería y le parecería fenomenal. Pero a mí no me da la gana de explicárselo ahora. Porque solo me apetece irme a casa. De hecho, voy a decirle a Hanna que me voy.

Me da pena cómo me mira últimamente Hanna. Es totalmente incapaz de entender por qué desde hace algunos meses me cuesta ser feliz. Hanna adora a mi, a mi... Bueno, a mi prometido. No comprende por qué últimamente me quejo tanto cuando tengo todo lo que, según ella, necesito. Siempre me grita que pronto voy a ser la directora de mi propia firma de zapatos, propietaria de un maravilloso *showroom* de moda, vivo en Manhattan, en uno de los barrios catalogados como los más caros del mundo y encima estoy a punto de comprometerme. O bueno, espera, espera, quizá ya lo estoy. La verdad es que ni lo sé. Pero el caso es que tiene razón, últimamente no tengo ganas de vivir. No importa el tiempo que pase, no soy capaz de olvidar a mi hermana. La miro con cara triste otra vez y me para un taxi mientras me observa sonriente. Me da un beso muy fuerte y un abrazo, me mete en el taxi y cuando abro la ventanilla porque estamos absolutamente atascados en Columbus Circle, se dirige a mí con mucho cariño:

—*My Moli Guacamoli, the happiest people don't have the best of everything, they just make the best of everything. If you really wanna be happy, you need to learn how to forget.*

—*I don't want to forget, Hanni.*

—*Just let the time heal you. Believe me, time heals. But you need to let the time cure you.*

Finjo una sonrisa muy cariñosa, le digo que la quiero y seguidamente le grito al taxista: «*59 between Lexington and Park*». De verdad que solo quiero irme de aquí.

Cuando llego a Lexington con la 59 me fijo que los porteros están cambiando las flores de los impecables maceteros donde están plantados los nuevos árboles para el otoño. Hoy ya no son amapolas rojas, ahora están plantando una especie de tulipanes lilas mezclados con otro tipo de flor, que no reconozco desde el taxi, son amarillas. La calle está tan impecable y limpia como siempre. Aun así, yo echo mucho de menos mi sucio y decadente Lower East Side. Allí por lo menos, en mi Stanton Street, era la propia dueña de mi vida. Decido bajarme un par de manzanas antes para escapar del terrible tráfico que atasca todas las avenidas por las conexiones de los túneles que salen de Manhattan. Camino despacito y con cierta nostalgia. A mi padre le encantan las flores. Los lirios son sus favoritas. Echo mucho de menos a mi padre. Total, que sigo caminando y cuando bajo por la 59 me sonrían un par de rostros familiares de porteros vestidos con sus impecables uniformes. También saludo a algunos vecinos que se dirigen en ropa de gimnasio con sus perros hacia Central Park. Es el *outfit* mañanero de toda persona rica del Upper East: maquilladas como puertas, uñas de las manos perfectas, modelitos completos de gimnasio, café en la mano izquierda, perro en la mano derecha y a correr por Central Park.

Al llegar a mi lujoso portal, nuestro nuevo *doorman*, Mauro, me informa de que tengo un paquete que ha llegado desde España, un paquete envuelto en una caja de «Sándwiches Rodilla». Sonrío, sé perfectamente de dónde viene ese paquete. Mauro me lo entrega emocionado. Mauro es mexicano, lleva en Nueva York treinta y tres años trabajando y acaba de conseguir los papeles de su último hijo. Por fin lo va poder traer aquí. Andrés también era latino como Mauro. Él me enseñó a tener paciencia. «Porque la paciencia solo trae cosas buenas, señorita Marina, usted tiene que aprender a relajarse, vivir y esperar». Y la verdad es que admiro que Mauro haya estado esperando veinticinco años a que su familia viniera de Chacahua, en Oaxaca. Me encanta hablar con Mauro, me transmite una energía maravillosa, es de las personas más

auténticas que conozco y, lo más importante de todo, es completamente feliz. Qué difícil es ser feliz a veces.

Cuando entro en casa, veo que todavía él no ha llegado, gracias a Dios. Voy corriendo a mi enorme y nuevo vestidor, me pongo uno de sus calzoncillos de animalitos, una sudadera grande de mi hermano con las típicas letras de GAP y unos calcetines gordos llenos de pelotillas. Subo resbalándome por la magnífica escalera de caracol. Hace muy poco tiempo diseñamos esta escalera juntos. Me meto en mi maravillosa cama del tamaño de un barco irlandés y abro el libro tan increíble que acabo de empezar a leer. Me encanta leer, me traslada a mundos maravillosos donde, como no soy la protagonista, es muy fácil ser feliz. Todo el mundo sería feliz siendo el personaje secundario de su propia vida, ¿no? En fin, comienzo a leer.

De repente le oigo en el piso de abajo, miro el reloj, son las seis de la tarde, llevo más de cuatro horas leyendo sin parar. Me he ventilado más de la mitad del libro. Cierro los ojos y me hago la dormida. Escucho como viene sigilosamente, me sube un vaso de agua que deja en la mesilla, me quita el libro de encima, me tapa cariñosamente, me da un beso en la frente y se va. Dios mío, quiero abandonarle. Esto es terriblemente injusto para él. Se merece sin duda estar con una mujer que al menos sea buena persona, cómo voy a explicarle todo lo que le he hecho a mi hermana. Si se pudiera llorar sin lágrimas, creo que en este momento estaría llorando. Cómo puedo estar tan extremadamente triste, me siento la persona más miserable del mundo. Cierro los ojos e intento no pensar en lo que me he convertido.